El jefe Salomón: sibarita generoso

Daniel Nahmad

No sé desde cuando dejamos de llamarlo papá, quizá nunca lo hicimos, lo llamamos "Jefe", y jefe es para mis hermanos y para mí; pero no solo para nosotros, sin lugar a duda la autoridad de Salomón Nahmad Sittón es mucha y en muchos ámbitos.

Le fue entregado el bastón de mando por los totonacos de la costa y reconocido siempre por los huicholes como guía político, también por mayas, mixes, coras, tarascos, seris y muchos otros grupos indios del país. Es uno de los grandes jefes de la antropología mexicana, uno de los grandes indigenistas del siglo XX y del veintiuno también; es también jefe a nivel internacional, premio Malinowski en 2011, otorgado por la Sociedad Internacional de Antropología Aplicada; jefe en la educación indígena en donde miles de profesores bilingües le reconocen; jefe bien querido de sus subalternos en las múltiples jefaturas formales que ha tenido en diversas instituciones, muchas de ellas creadas por él, jefe querido o malquerido por políticos de muy diversas tendencias.

La jefatura de Salomón, mi padre, no ha sido ganada en la fragorosa lucha por el poder, a través de la imposición y la fuerza, todo lo contrario, su jefatura ha sido construida desde la tolerancia, el diálogo y la promoción de la paz, es quizá uno de los grandes promotores de la convivencia pacífica entre los

pueblos y entre los individuos y lo sé por qué en esa filosofía fui educado desde niño y lo sigo siendo ya que soy un viejo.

Nunca en la casa hubo violencia ni golpes, solo recuerdo una nalgada a mi hermano y a mí una vez que logramos exasperarlo, ¡una única nalgada en la educación de niños caprichosos! todo un record. Siempre la palabra y el ejemplo por delante, siempre el cariño y la explicación didáctica y comprensiva, así crecimos y así vivimos ¡No hagas eso porque se va a enojar tu mamá!, ese era el regaño mayor.

Esa educación paciente y amorosa fue combinada con la vida diaria como formación, nos educó en el campo, viviendo en las comunidades, conociendo de cerca su respeto y dedicación a los indios y a sus problemas, preocupaciones que compartió con mi madre mientras vivieron juntos. Mis años de infancia en el entonces aislado pueblo de Peto en Yucatán, en Tepic y la Sierra Huichola, en Cherán Michoacán, fueron muy felices y formativos, poco recuerdo de nuestras vivencias entre los Mixes de Oaxaca o los Tlapanecos de Guerrero, era yo muy chico, pero algo se me ha de haber pegado.

Y así crecí y conocí la vida de este hombre, mi padre, quien lucha con pasión por los derechos indígenas, por los derechos de los excluidos, perseguidos y humillados, como lo ha sido el pueblo de sus orígenes religiosos, el judío, y se debate en la terrible contradicción de la humillación judía contra el pueblo árabe, su gran origen cultural.

Siempre estarán presentes en mi memoria las grandes comilonas árabes acompañadas de vasos de arac con las que compartimos mi padre y mis hermanos; y el recuerdo de la cena árabe del Sabbat, a la que asistí solo una vez en casa de mis queridos abuelos Alicia y Marcos, a quienes desafortunadamente no disfruté como abuelos, por la intolerancia que sufrió mi padre por parte de su familia al haberse casado con una cristiana, aunque al final se perdonaron.

La religión ha sido siempre para mi jefe uno de los grandes enemigos de la humanidad, después de haber recibido una educación religiosa ortodoxa, el racionalismo que la educación

científica que él mismo buscó y se proveyó, lo llevaron a reconocer en la religión y las iglesias la fuente de las más grandes intolerancias que el mundo ha padecido, aún las combate con encono y pasión. Sé que su pensamiento contribuye a crear un mundo libre de intolerancia. A ello debo mi pensamiento ateo.

Otra gran virtud de mi padre es sin duda la honradez y honestidad, sentí gran coraje por su encarcelamiento cuando fue acusado de fraude al Instituto Nacional Indigenista, mismo que él había contribuido a formar. Al saberlo preso recordé sus fuertes palabras, cuando como jóvenes imprudentes nos habíamos llevado entre nuestras cosas unas cobijas de un albergue de niños indígenas en donde habíamos pernoctado en nuestras correrías por el país, cuando muy frecuentemente nos acogían las instalaciones del indigenismo. ¡Esas cobijas son del país, son de los niños pobres, ustedes lo tienen todo! Nos dijo, obligándonos a devolverlas.

Era imposible con ese pensamiento que mi padre fraudulentara los fondos públicos siendo director del INI, la historia me daría la razón, el fraude fue una burda representación para purgarlo, había golpeado con sus propuestas políticas a la estructura racista del gobierno y a los intereses de los poderosos que buscan perpetuar el estado de cosas, la pobreza y la ignorancia, el sometimiento y la sumisión de los pueblos; el presidente De la Madrid y el Secretario de Educación Reyes Heroles lo encarcelaron.

La historia de su encarcelamiento es una de las más dolorosas de su vida, por la humillación que sufrió, sin embargo mostró su liderazgo y jefatura en el terreno en que se movía. La organización de los intelectuales para defenderlo, encabezados por Fernando Benítez, pero sobre todo la intensa movilización de los indígenas de todo el país que tomaron las oficinas del INI, instalando tremenda ofrenda de muertos, y amenazando con trasladarse masivamente a la capital, fueron factores que determinaron el conflicto; y nosotros, sus hijos, luchando por su libertad al lado de esa impresionante gente que lo defendía.

En la visita que su madre le hizo a la cárcel, lo vio rodeado del pueblo indio que acudía al reclusorio a saludarlo, a solidarizarse

con él, a hacerle limpias para protegerlo, el director del penal no tenía más remedio que dejar pasar a esa gente que hablaba otras lenguas y vestía otras ropas. Dijo entonces mi abuela que ella había soñado que mi padre sería un rey, pero nunca imaginó qué tipo de rey, rey de los marginados y discriminados. En el penal conoció al Gitano, singular personaje, jefe del gobierno interno de los presos del penal y de origen zapoteco, quien lo protegió y cobijó en la obscura vida carcelaria.

De la historia política y académica de mi padre se escribirán muchas cosas, pero quisiera cerrar estas líneas con un aspecto de su vida privada y familiar, descubrirlo como un impresionante sibarita que ha gustado de la vida y la ha gozado y disfrutado con sus compañeros de camino. Recordaré siempre las impresionantes fiestas organizadas por el grupo de sus amigos antropólogos, concurridas, alegres y reventadas, de las más famosas, las de su gran amigo Guillermo Bonfil, sin fallar las de Margarita Nolasco, Enrique Valencia, Pérez Elías y otros que compartieron sus proyectos políticos y académicos y su vida común, disfrutando sus tiempos libres, ahí transcurrieron mis correrías de adolescente y cultivé grandes amistades entre los hijos del clan antropológico.

Y en la intimidad de su casa, mi jefe desarrolla su sibarités gozando de la comida, que algunas veces gusta de preparar el mismo (jamón serrano y jugo de naranja al desayuno) y la bebida, de la que siempre ha sido gran conocedor y aficionado, degustando una copa en sus descansos y no perdonando nunca "la hora de la chela", lo que le agradecen quienes trabajan con él. Es además un gran melómano, que goza de manera estridente de la música clásica, me ha dicho que el día que nací, yo su primogénito, me recibió con la novena sinfonía de Beethoven a todo volumen: tremendo recibimiento.

El sibarita habita una bella casa en la también bella ciudad de Oaxaca, ahí disfruta de su éxito profesional y su destino, ahí genera sus aportes a la antropología mexicana, ahí desarrolla también, aunque no solo ahí, otra de sus grandes virtudes que también disfruta, la generosidad. Si ha sido generoso con su vida para su gran pasión, los pueblos indios, lo ha sido sin duda

para su familia, jamás ha dejado de apoyarnos, orientarnos y recibirnos con gran cariño, compartiendo su hogar y sus bienes materiales y espirituales con sus cuatro hijos, ocho nietos y un bisnieto hasta la fecha, también lo hace con sus hermanos y demás familiares y amigos, dando siempre, siempre dando, así es el sibarita generoso.

En una fiesta de la Universidad Autónoma Metropolitana, a donde me reintegraba entonces como profesor, se me acercó un grupo de jóvenes estudiantes de antropología, tenían gran inquietud por conocer al hijo de Salomón Nahmad, platiqué con ellos y uno me preguntó ¿Qué se siente ser el hijo de un monstruo? ¿Qué puedo decir del honor y el orgullo de ser hijo de quien soy, compartir la vida con un gran humanista, luchador social incansable, crítico terrible, padre excepcional y sibarita generoso?

¡Ese es mi Jefe!

Otoño de 2014
Barrio de la Conchita, Coyoacán